



## CAPÍTULO II.

De la conferencia que tuvieron Don Rafael y sus oyentes, y de la aventura que les sucedió al querer salir del bosque.



UEGO que acabó Don Rafael de contar su historia, que me pareció algo larga, Don Alfonso le dijo, por cortesía, que verdaderamente le había divertido mucho. Después de este cumplido, tomó la palabra el Señor Lamela, y volviéndose al compañero de sus hazañas le dijo:—Don Rafael, el sol está ya para ponerse, y me parece del caso que tratemos del partido que hemos de tomar.—Dices bien, respondió su camarada: es menester pensar á donde hemos de ir. Yo, continuó Lamela, soy de parecer que sin perder tiempo, nos pongamos en camino, y procuremos llegar esta noche á Requena, para entrar mañana en el reino de Valencia, donde pondremos en movimiento los registros de nuestra industria. Siento acá dentro de mi corazón no sé qué presagio de que daremos golpes magistrales. Don Rafael, que sobre estos asuntos tenía gran fe en sus pronósticos infalibles, accedió luego á su opinion. Don Alfonso y yo, como nos habíamos puesto en manos de aquellos dos hombres de bien, esperamos sin hablar palabra, el resultado de aquella conferencia.

Resolvióse, pues, que tomásemos la vuelta de Requena, y nos dispusimos todos para ello. Hicimos una comida como la de la mañana, y después cargamos el caballo con la bota de vino, y lo restante de las provisiones. Sobreviniendo la noche, de cuya lobreguez teníamos necesidad para caminar seguros, quisimos salir del bosque; pero aun no habíamos andado cien pasos, cuando descubrimos por entre los árboles una luz que nos dió mucho en que pensar.—¿Qué significa aquella luz? preguntó Don Rafael. ¿Serán acaso los corchetes de la justicia de Cuenca despa-



chados en seguimiento nuestro, y que creyéndonos en este bosque nos vendrán á buscar en él?—No lo pienso, dijo Ambrosio; antes bien serán algunos pasajeros que, por haberles cogido la noche, se habrán refugiado aquí hasta que amanezca; pero en todo caso, porque puedo engañarme, quiero yo ir á reconocerlos: mientras tanto quedaos los tres en este sitio, que vuelvo en un momento. Diciendo esto se fué acercando poco á poco á donde se dejaba ver la luz, que no estaba muy distante. Fué desviando con mucho tiento las ramas y matorrales que le impedían el paso, y al mismo tiempo mirando con toda la atención que á su parecer merecía el caso, vió sentados sobre la yerba, al rededor de una vela colocada sobre un montoncito de tierra, á cuatro hombres que acababan de comer una empanada y de agotar una gran bota de vino. Á pocos pasos de distancia descubrió á un hombre y á una muger atados á dos árboles, y algo mas allá un coche de camino con mulas ricamente enjaezadas. Desde luego sospechó que los cuatro hombres que estaban sentados debían ser ladrones, y por la conversacion que les oyó, acabó de conocer que no habia sido temeraria su sospecha. Disputaban los cuatro salteadores sobre de quién habia de ser la dama que habia caido en sus manos, y trataban de sortearla. Enterado plenamente Lamela, volvió á donde estábamos, y nos informó menudamente de todo lo que habia visto y oido.

—Señores, dijo entonces Don Alfonso, la muger y el hombre que tienen atados á los árboles los ladrones, quizá serán una señora y un caballero de distincion. ¿Y hemos de sufrir nosotros que sirvan de víctimas á la barbarie y á la brutalidad de unos malhechores? Creedme, señores, echémonos sobre estos bandidos, y mueran todos á nuestras manos.—Consiento en ello, dijo Don Rafael, yo estoy tan pronto á hacer una buena accion como una mala. Ambrosio por su parte protestó que solo deseaba concurrir á una empresa tan loable, de la cual preveía que seríamos bien recompensados, segun su modo de pensar:—y aun me atrevo á decir, añadió, que en esta ocasion el peligro no me amedrenta, y que ningun caballero andante se manifestó nunca mas pronto al servicio de las damas. Pero, si se han de decir las cosas sin faltar á la verdad, el riesgo no era grande, porque habiéndonos dicho Lamela que las armas de los ladrones estaban todas amontonadas en un sitio á diez ó doce pasos de ellos, no nos fué muy difícil ejecutar nuestra resolucion. Atamos, pues, á un árbol el caballo, y nos fuimos acercando con silencio y á paso lento á los ladrones. Acalorados éstos con el vino, hablaban todos, metiendo un ruido confuso que favorecía mucho el golpe de la sorpresa. Apoderámonos de sus armas antes de que nos viesen, y disparándolas sobre ellos á boca de jarro, todos cuatro quedaron tendidos en el suelo.

Durante esta expedicion se apagó la luz, y nos quedamos en la oscuri-

dad: sin embargo de esto acudimos inmediatamente á desatar al hombre y á la muger, que estaban tan poseidos de terror, que no tuvieron aliento para darnos las gracias por el bien que acabábamos de hacerles. Verdad es que ignoraban aun si debian mirarnos como á bienhechores, ó como á nuevos bandidos que los habian librado de los otros, quizá para tratarlos peor. Pero nosotros procuramos sosegarlos, asegurándoles que los íbamos á conducir á una venta que, segun decia Ambrosio, no distaba mas que media legua de allí, donde podrian tomar las precauciones necesarias para llegar con seguridad á donde se dirigian. Despues de que los hubimos animado, los metimos en su coche, y los sacamos fuera del bosque, tirando nosotros las mulas por el freno. Nuestros anacoretas fueron en seguida á visitar las faltriqueras de los vencidos; despues fuimos á desatar el caballo de don Alfonso, y nos apoderamos tambien de los que eran de los ladrones, que estaban atados á varios árboles junto al campo de batalla. Montados en unos, y llevados otros del diestro, seguimos al hermano Antonio, que habia montado en una mula del coche, haciendo de cochero para conducirlo á la venta, habiendo tardado dos horas en llegar á ella, aunque el señor Lamela nos habia dicho que no estaba muy apartada del bosque.

Llamamos á la puerta con fuertes golpes, porque toda la gente de la casa estaba ya acostada. Levantáronse y vistiéronse, de prisa el ventero y la ventera, que no mostraron el menor enfado de que les hubiesen despertado á lo mejor del sueño, cuando vieron una comitiva que prometia hacer mucho mas gasto en su casa del que efectivamente hizo. En un momento encendieron luces por toda la venta. Don Alfonso y el ilustre hijo de Lucinda dieron la mano á la señora y al caballero para ayudarlos á bajar del coche, sirviéndoles como de gentiles hombres hasta el cuarto á donde los condujo el ventero. Allí se hicieron mil recíprocos cumplimientos; y quedamos muy admirados cuando llegamos á saber que los personajes á quienes acabábamos de libertar eran el conde de Polan y su hija Serafina. Pero ¿quién podrá describir el asombro de esta señora y de Don Alfonso cuando se conocieron? El conde no reparó en este pasage, porque estaba distraido en otras cosas. Púsose á contarnos menudamente el modo con que les habian asaltado los ladrones, y se habian apoderado de su hija y de él despues de haber muerto al postillon, á un paje, y á un ayuda de cámara. Acabó, diciendo que nos estaba infinitamente agradecido, y que si queriamos ir á Toledo, donde estaria de vuelta dentro de un mes, nos daria pruebas que bastasen á hacernos conocer si era ingrato ó reconocido.

A la hija de aquel señor no se le olvidó darnos tambien mil gracias por su dichosa libertad; y habiendo juzgado Don Rafael y yo que gus-

taria Don Alfonso de que le facilitásemos el medio de hablar un rato á solas con aquella viuda jóven, lo dispusimos prontamente, entreteniendo al conde de Polan.—Bella Serafina, le dijo Don Alfonso en voz muy baja, ya no me quejaré de la desgraciada suerte que me obliga á vivir como un hombre desterrado de la sociedad civil, habiendo tenido la fortuna de contribuir al importante servicio que se os ha hecho.—¿Pues qué! le respondió ella suspirando, ¿sois vos el que me habeis salvado la vida y el honor? ¿Sois vos á quien mi padre y yo somos tan deudores? ¡Ah, Don Alfonso! ¿Por qué fuísteis vos quien dió muerte á mi hermano? No le dijo mas; pero él comprendió bastante por sus palabras y por el tono en que las dijo, que, si amaba con extremo á Serafina, no era menos amado de ella.

